

## TESTIMONIOS Y ANECDOTAS DE LA MADRE TERESA DE CALCUTA

El Papa Pablo VI decía: **“El mundo necesita mas de Testigos que de Maestros”...**

El Testigo es uno que hizo experiencia de DIOS, que lo conoce; mientras que el Maestro habla de lo que escuchó, de lo que aprendió, de lo que le enseñaron.

No es lo mismo ser Testigo de un accidente, haberlo visto, haber estado allí; a ser reportero, a comentar lo que otros (testigos) vieron.

### **Extraordinaria anécdota**

La **madre Teresa de Calcuta** —mujer que legó a la humanidad inmensas lecciones de amor, convicción y valentía— solía atender con dedicación y diligencia a los más indigentes de los indigentes, a quienes proveía de medicinas, alimento, techo y atención médica, así como de genuina comprensión, cordialidad y de un inmenso amor humano. A ella acudían toda clase de personas, desde los muy pobres hasta reyes y presidentes.

La madre Teresa no tenía oficina, personalmente atendía a las personas precisamente en donde ella siempre se encontraba, es decir, en medio del sufrimiento de los enfermos e indigentes que tanto amaba y cuidaba.

### **Un visitante inesperado**

Un buen día cuando la madre atendía diligentemente a un leproso, llegó a visitarla periodista Inglés. Recordemos que la lepra es un mal legendario que continúa haciendo estragos en las regiones más miserables y pobres del mundo, enfermedad que tiene la característica de ser extremadamente infecciosa así como repugnante por su olor, dado que provoca, en los pobres seres que la padecen, que la piel se desgaje cubriéndose de escamas y pústulas, además de lesionar y finalmente atrofiar su sistema nervioso.

Al llegar al lugar en donde la madre se encontraba y al percatarse de las terribles condiciones en las cuales el enfermo estaba, el inglés sencillamente se sintió aterrado y entonces, en una fracción de segundo, las náuseas y el desagrado de aquello que miraba lo invadieron. Apenas conteniendo el vómito y sin detenerse a pensarlo atinó a decir a la madre Teresa: “Madre, iyo, ni por un millón de dólares haría lo que usted está haciendo!”. La madre, ante este inoportuno comentario, miró al inglés directamente a los ojos, en seguida volteó hacia el enfermo para contemplarlo por algunos momentos, luego lo besó en la frente, y fue entonces cuando de nueva cuenta fijó su profunda y penetrante mirada en el inglés y le respondió con amabilidad, pero con gran firmeza: “¡Señor, discúlpeme, pero yo tampoco lo haría por un millón de dólares!”. Sencillamente lo hacía por amor

Esta respuesta enseña que las personas podemos trascender al trabajo mismo al comprender lo que verdaderamente hacemos cuando emprendemos nuestro personal oficio con sentido y dignidad, tal vez por estas mismas razones los romanos solían afirmar que no existen labores indignas, sino solamente actitudes indignas.

La labor que día a día emprendemos ya sea como trabajadores independientes, empleados, patronos, empresarios, servidores públicos, estudiantes, o mediante cualquier otro oficio, sin importar la intensidad física o intelectual con que se desempeñe, contiene implícitamente las leyes sagradas que por sí mismas conducen a la adquisición de una auténtica calidad de vida, esas que nos llevan directamente a la plenitud del desarrollo personal, siempre y cuando estemos dispuestos a descubrirlas y sobre todo a practicarlas. Es, por estas razones que nuestro oficio es un don y un instrumento —un medio— para servir a nuestros prójimos.

## **Más allá del dinero**

Aun cuando los tiempos actuales intentan enfocarnos a dar valor al trabajo por el monto que se puede percibir económicamente, hay que recordar que existen satisfacciones que no pueden ser compradas con todo el dinero del mundo, como, por ejemplo, el poder decir: “Cuando he estado trabajando todo el día, un buen atardecer me sale al encuentro”.

No cabe la menor duda: si desarrollamos el oficio que la vida ha puesto en nuestras manos con la intención de servir a nuestros semejantes, si admitimos que esos dones que gratuitamente hemos recibido son para ejercitar la ocupación elegida, si tomamos conciencia de que nuestra labor coadyuva a conseguir el fin mismo de nuestra propia existencia, si alcanzamos a comprender que trabajar es servir, entonces empezaremos a desempeñar nuestro trabajo no sólo más productivamente, sino con alegría y pasión, pues así el oficio que cada día emprendemos tendría un nuevo significado, más profundo, más grandioso.

Bien lo dice Gibrán: “El trabajo es el amor hecho visible. Y si no podéis trabajar con amor, sino solamente con disgusto, es mejor que dejéis vuestra tarea y os sentéis a la puerta del templo y recibáis limosna de los que trabajan gozosamente. Porque, si horneáis el pan con indiferencia estáis horneando un pan amargo que no calma más que a medias el hambre del hombre. Y si refunfuñáis al apretar las uvas, vuestro murmurar destila un veneno en el vino. Y si cantáis, aunque fuera como los ángeles, y no amáis el cantar, estáis ensordeciendo los oídos de los hombres para las voces del día y las voces de la noche”.

## **Ejemplos ejemplares**

Muchos sabemos de los buenos médicos que atienden sólo por el interés de llevar salud al enfermo cobrando lo justo, también conocemos ejemplos de artesanos que hacen su oficio con gusto, de comerciantes y servidores públicos que no llenan sus bolsillos de monedas mal habidas. Estos son algunos ejemplos de las personas que han encontrado el sentido a sus oficios, que han comprendido que trabajar no es una maldición, sino la posibilidad de ser útil.

También salta a los ojos la gente que, a pesar de la violencia y la precaria situación social que padecemos en México, aún tiene optimismo en el país. Personas que cada amanecer desafían al pesimismo y la decepción, que contemplan un horizonte repleto de esperanzas. Esa gente que continuamente avanza frente a nosotros con certezas tranquilas y espíritus comprometidos con su oficio y comunidad, representa el testimonio que necesitamos para también nosotros tener razones de esperanza.

En esta época de temor y desilusión, sería extraordinario que comprendiéramos que el éxito laboral no lo tiene, necesariamente, quien acumula dinero, sino la persona que disfruta con alegría su oficio, quien sabe que no sólo de pan vive el hombre, el que hace lo que ama o ha aprendido a amar lo que emprende. En fin, que una persona exitosa es quien ha hecho de su trabajo arte y pasión, quien comprende que trabajar con amor y alegría es trascender hacia la mismísima eternidad.